

Relatos ROBERT A.
HEINLEIN



Una
pecera
con peces de
colores

Un extraño fenómeno se produce en algunos lugares del océano. Unas monstruosas columnas aparecen comunicando el mar con el cielo. Cuando los curiosos investigadores humanos se introducen en ellas aparecerán en una extraña estancia al parecer propiedad de seres extraterrestres.

Extraído de la *Antología de Novelas de Anticipación XII*, de la Editorial Acervo.

Una pecera con peces de colores

Sobre el horizonte yacía la nube inmóvil que remataba las increíbles trombas marinas conocidas como las Columnas de Hawai.

El capitán Blake inclinó sus prismáticos.

—Allí están, caballeros.

En el puente del navío de investigación hidrográfica *U.S.S. Mahan*, se encontraban, además de los marinos de guardia, dos hombres vestidos de paisano; las palabras del capitán estaban dirigidas a ellos. El más bajito y de más edad de los dos miró ávidamente a través del catalejo que le había pedido prestado al contraestre.

—No veo nada —se quejó.

—Pruebe con mis prismáticos, doctor —sugirió Blake, entregándole los binoculares.

Jacobson Graves los ajustó a su visión y volvió a concentrar su atención en la lejanía.

—¿Ve usted algo ahora? —inquirió el capitán al cabo de unos minutos.

—Creo que sí —respondió Graves—. Dos rayas verticales oscuras, desde la nube hasta el horizonte.

—Eso es.

El otro paisano, Bill Einsenberg, había cogido el catalejo cuando Graves lo soltó para tomar los prismáticos.

—Yo también las veo —anunció—. El catalejo funciona perfectamente, doctor. Pero no parecen tan grandes como había esperado —admitió.

—Están aún más allá del horizonte —explicó Blake—. Usted ve únicamente los segmentos superiores. Pero tienen una longitud de once mil pies desde la línea de agua hasta la nube... si es que continúan formándose.

Graves alzó rápidamente la mirada.

—¿Por qué esa reserva mental? ¿No lo han hecho hasta ahora?

El capitán Blake se encogió de hombros.

—Desde luego. Delante mismo de nuestras narices. Pero no tendrían que estar allí: hace cuatro meses no existían... ¿Cómo puedo saber lo que van a hacer hoy... o mañana?

Graves asintió.

—Comprendo su punto de vista, y estoy de acuerdo con él. ¿Podemos calcular su altura por la distancia a que se encuentran?

—Voy a ver —Blake se asomó a la sala de derrota—. ¿Alguna lectura, Archie?

—Un momento, capitán. —El navegante aplicó los labios a un tubo y gritó—: ¡Distancia!

Una voz apagada contestó:

—Distancia ¡...ninguna lectura!

—Algo más de veinte millas —dijo Blake alegremente, dirigiéndose a Graves—. Tendrá que esperar, doctor.

El teniente Mott ordenó al contraamaestre que anunciara la hora de la cena. El capitán abandonó el puente, advirtiendo que debían informarle cuando el buque se acercara al límite crítico de tres millas de las Columnas. Graves y Eisenberg le siguieron a regañadientes; apenas disponían de tiempo para vestirse antes de cenar con el capitán.

Los modales del capitán Blake eran anticuados; no permitía que la conversación afectara a temas serios hasta que servían el café.

—Bueno, caballeros —dijo, mientras encendía un cigarrillo—. ¿Qué se proponen hacer?

—¿No le ha informado el Departamento de Marina? —inquirió Graves, con una rápida mirada.

—Superficialmente. He recibido una carta, ordenándome que pusiera mi barco y mi mando a su disposición para unas investigaciones relacionadas con las columnas, y un cablegrama diciéndome que embarcarían ustedes esta mañana. Sin más detalles.

Graves miró nerviosamente a Einsenberg, y luego al capitán. Se aclaró la garganta.

—Hum... Nos proponemos, capitán, ascender por la columna Kanaka y descender por la Wahini.

Blake le miró fijamente, empezó a hablar, cambió de idea, y finalmente dijo:

—Doctor, tendrá que perdonarme, no pretendo mostrarme descortés... pero lo que acaba usted de decir es una locura. Un suicidio, ni más ni menos.

—Puede ser un poco peligroso...

—¡Hummph!

—... pero disponemos de los medios para realizarlo si, como creemos, la columna Kanaka suministra el agua que se convierte en la columna Wahini en el viaje de regreso.

Describió el método a grandes rasgos. Entre Einsenberg y él sumaban veinticinco años de experiencia en batisferas, ocho Einsenberg y diecisiete él mismo. Habían traído a bordo del *Mahan* una batisfera modificada que ahora reposaba en la sentina. Externamente era una batisfera sin anclas de lastre; por dentro se parecía mucho a los complicados toneles utilizados por algunos temerarios exhibicionistas para deslizarse espectacular e inútilmente por encima de las Cataratas del Niágara. Suministraría aire enrarecido pero respirable, durante cuarenta y ocho horas; contenía agua y alimentos concentrados para el mismo período de tiempo; disponía incluso de rudimentarias aunque apropiadas instalaciones higiénicas.

Pero su característica principal era un arnés antichoque, una camisa de fuerza, en la cual un hombre podía colgar suspendido de las paredes por medio de una red de fibras Gideon y muelles de acero. En ella, un hombre podía sobrevivir a los choques más violentos con los huesos y las vísceras intactos.

Blake señaló con el dedo el boceto que Graves había dibujado para ilustrar su descripción.

—¿De veras se proponen intentar el ascenso a las Columnas en eso?

Einsenberg respondió:

—Él no, capitán. Yo.

Graves enrojeció.

—Mi maldito médico...

—Y sus colegas —añadió Einsenberg—. La situación es ésta, capitán: los ánimos del doctor son inmejorables, pero tiene un corazón desajustado, un par de oídos submarinos y unas arterias en malas condiciones. De modo que el Instituto me ha encargado que no le pierda de vista.

Graves protestó:

—Bill, no sea tan obstinado y atienda a razones. Yo soy un viejo; nunca tendré otra oportunidad como ésta.

—Ni hablar —replicó Einsenberg—. Capitán, deseo informarle a usted de que el Instituto me ha concedido plenas atribuciones sobre el material que hemos subido a bordo, precisamente para evitar que este anciano testarudo cometa alguna locura.

—Eso es asunto suyo —dijo Blake—. Yo he recibido instrucciones en el sentido de que debía facilitar las investigaciones del doctor Graves. Suponiendo que uno de ustedes desee suicidarse en ese ataúd de acero, ¿cómo se proponen penetrar en la Columna Kanaka?

—Usted se encargará de ello, capitán. Situará la esfera al pie de la columna ascendente, y volverá a recogerla al pie de la columna descendente.

Blake frunció los labios y luego sacudió lentamente la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Eh? ¿Por qué?

—No acercaré mi barco a menos de tres millas de las Columnas. El *Mahan* es un buque sólido, pero no está construido para navegar a grandes velocidades. No puede recorrer más de doce nudos por hora. En algún lugar dentro de aquel círculo la corriente que alimenta a la columna Kanaka superará los doce nudos. No tengo el menor interés en descubrir dónde, a costa de perder mi barco.

»Últimamente se han perdido un gran número de barcos pesqueros de las islas. No quiero que el *Mahan* pase a engrosar la lista.

—¿Cree usted que subieron por la columna?

—Sí.

—No tiene usted que arriesgar el barco, capitán —sugirió Bill Einsenberg—. Puede soltar la esfera desde la lancha a motor.

Blake sacudió la cabeza.

—Ni pensarlo —dijo secamente—. Aunque las lanchas estuvieran construidas para esa tarea, que no lo están, no pondría en peligro a uno solo de mis hombres. Esto no es la guerra.

—Me estaba preguntando... —dijo Graves en voz baja.

—¿Qué?

Einsenberg dejó oír una risita.

—El doctor tiene la romántica idea de que todos los fenómenos raros que se han producido durante estos últimos cinco años deben ser atribuidos a una sola y siniestra causa: desde las Columnas hasta las bolas de fuego de LaGrange.

—¿Las bolas de fuego de LaGrange? ¿Qué relación pueden tener con las columnas? No son más que electricidad estática. Lo sé; las he visto.

Los dos científicos se volvieron simultáneamente hacia el capitán, con una nueva atención.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Mientras jugaba al golf, en Hilo, el pasado mes de marzo. Yo estaba...

—¡*Aquel* caso! ¡Fue uno de los casos de desaparición!

—Sí, desde luego. Es lo que trataba de decirles. Yo estaba cerca del agujero número trece, cuando se me ocurrió levantar la mirada...

Un día tranquilo y despejado. Barómetro normal, brisa ligera. Nada que sugiriese perturbaciones atmosféricas, ausencia de manchas solares, sin interferencias en la radio. De pronto, media docena, o más, de gigantescas bolas de fuego flotaron a través del campo de golf en una especie de despliegue en guerrilla, formando una línea que algunos observadores describieron como matemáticamente simétrica: una afirmación negada por otros.

Una turista que jugaba al golf, profirió un grito y echó a correr. La bola más próxima a ella abandonó su lugar en la línea y se puso a danzar detrás de la mujer. Nadie parecía estar seguro de que la bola la hubiese tocado —el mismo Blake no podía decirlo, aunque había sido testigo presencial—, pero cuando la bola hubo pasado, la mujer yacía sobre la hierba, muerta.

Un médico local que tenía fama de extravagante insistió en que había encontrado pruebas de coagulación y de electrolisis en el cadáver, pero el jurado que se nombró para el caso siguió el consejo del forense y atribuyó la muerte a un fallo cardíaco, un veredicto calurosamente aprobado por la cámara local de comercio y la oficina de turismo.

El hombre que desapareció no trató de correr; su destino fue a su encuentro. Era un *caddie*, un mestizo japonés-kanaka, sin parientes conocidos, un hecho que pudo haber dejado su nombre fuera del caso, de no mediar la curiosidad de un reportero entrometido.

Estaba de pie sobre el césped, a menos de veinticinco metros de distancia del lugar donde yo me encontraba, una especie de depresión llena de arena —contó Blake—, cuan-

do las bolas de fuego se acercaron. Quedé situado entre dos de ellas. Noté que me ardía la piel, se me erizaron los cabellos y percibí un intenso olor a ozono. Permanecí inmóvil...

—Eso le salvó —dijo Graves.

—Tonterías —dijo Einsenberg—. Lo que le salvó fue pisar arena seca.

—Bill, es usted un tonto —replicó Graves—. Esas bolas de fuego actúan con una consciencia inteligente.

Blake interrumpió su relato.

—¿Por qué supone eso, doctor?

—No importa, por ahora. Continúe con su historia, por favor.

—Hm—m—m... Bueno, pasaron junto a mí. El *caddie* se hallaba en la trayectoria de una de ellas. No creo que la viera.

Estaba de espaldas a las bolas, ¿comprenden? La bola le alcanzó, le envolvió, continuó su camino... pero el muchacho había desaparecido.

Graves asintió.

—Eso coincide con los relatos de que tengo noticia. Lo raro es que no recuerde haber visto su nombre en ellos...

—Me mantuve al margen del asunto —dijo Blake brevemente—. No me gustan los reporteros.

—Hm—m—m... ¿Algo que añadir a los informes que se publicaron? ¿Algún error en ellos?

—Ninguno que yo recuerde. ¿Mencionaron los informes la bolsa de mazos de golf que llevaba el *caddie*?

—Creo que no.

—Fueron encontrados en la playa, a seis millas de distancia.

Einsenberg se puso en pie.

—Eso es una novedad —declaró—. Dígame, ¿había algo que sugiriera desde qué altura habían caído? ¿Estaban aplastados o rotos?

Blake sacudió la cabeza.

—No tenían un solo arañazo, y la arena de la playa no aparecía removida. Pero estaban... fríos como el hielo.

Graves esperó que continuara. Cuando el capitán no lo hizo, inquirió:

—¿Yo? No me lo expliqué. Lo atribuí a un fenómeno eléctrico sin clasificar. No obstante, si quiere una teoría, le daré una. Esa bola de fuego es un campo estático de alta frecuencia. Envuelve al *caddie* y le carga de electricidad, convirtiéndole en otra bola... y electrocutándolo, incidentalmente. Cuando la carga se consume, el muchacho cae al mar.

—¿De veras? En Kansas ocurrió un caso semejante, bastante lejos del mar.

—Es posible que no encontraran el cadáver.

—Nunca se ha encontrado. Pero, incluso así, ¿cómo explica usted que los mazos fueran depositados sobre la arena tan suavemente? ¿Y por qué estaban fríos?

—¿Cómo quiere que lo sepa? No soy ningún teórico. Soy ingeniero naval de profesión, y empírico por naturaleza. Supongamos que me lo dice usted...

—De acuerdo. Pero no olvide que mi hipótesis es puramente especulativa, una base para la investigación. Yo veo en esos diversos fenómenos, las Columnas, las bolas de fuego gigantes, y otros varios fenómenos extraños que no debieron producirse, pero que se produjeron —incluyendo el caso de un pequeño pico montañoso situado al sur de Boulder, en Colorado, cuya altura disminuyó «espontáneamente»—, yo veo en esas cosas la evidencia de una dirección Inteligente, de una sola causa consciente... —Se encogió de hombros—. Llamémosle el factor «X». Yo estoy buscando el factor «X».

Eisenberg asumió una expresión de burlona simpatía.

—¡Pobre doctor! —suspiró—. Por fin ha tenido que soltarlo.

Los otros dos ignoraron la pulla. Blake inquirió:

—Usted es esencialmente un ictiólogo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo se le ocurrió interesarse por todo esto?

—No lo sé. Por curiosidad, supongo. Mi chistoso y joven amigo le diría a usted qué ictiología se deriva de «Ictus».

Blake se volvió hacia Einsenberg.

—Pero ¿no es usted ictiólogo?

—¡No! Soy un oceanógrafo especializado en ecología.

—Está bromeando —observó Graves—. Háblele al capitán Blake de Cleo y de Patra.

Einsenberg pareció ligeramente desconcertado.

—Son unos simpáticos animalitos domésticos —dijo, a la defensiva.

Al ver la expresión intrigada del rostro de Blake, Graves explicó:

—Cleo y Patra son un par de peces de colores. ¡Peces de colores! En este momento se encuentran en el lavabo de su camarote, si quiere verlos.

—¿Interés científico? —inquirió Blake.

—¡Oh, no! Bill cree que le tienen afecto.

—Son unos simpáticos animalitos domésticos —insistió Einsenberg—. No ladran, no arañan, no se ensucian... ¡Y Cleo tiene *tanta* expresión!

El capitán ofreció los servicios de su jefe de buceadores, un veterano oficial de toda confianza, y de su tripulación técnica.

—Existe más de un motivo —añadió— para creer que su batisfera hará el viaje en redondo, al margen del axioma de que lo que sube tiene que bajar. ¿Conocen ustedes el caso del VJ-14?

—¿Se refiere al avión naval que se perdió durante las primeras investigaciones?

—Si —Blake habló a través de su comunicador—. Díganle a mi escribiente que me traiga el expediente del VJ-14 —ordenó.

Inmediatamente después de su descubrimiento se habían efectuado varias tentativas para reconocer la extraña nube «permanente» y sus increíbles trombas marinas. Lo que se averiguó fue muy poco. Un avión penetraba en la nube. Sus motores se paraban y caía, sin sufrir ningún daño, hasta que los motores volvían a funcionar. Regresaba a la nube: los motores volvían a pararse. El alcance vertical de la nube era mayor que el techo de cualquier avión.

—El VJ-14 —explicó Blake, consultando ocasionalmente el expediente que acababan de entregarle— efectuó un reconocimiento aéreo de las Columnas el 12 de mayo, ayudado por el *U.S.S. Pelican*. Además del piloto y del radiotelegrafista, llevaba a bordo un operador cinematográfico y un jefe aerógrafo. Hm-m-m... Sólo las dos últimas anotaciones parecen tener sentido: *Cambiamos de ruta. Volaremos entre las Columnas: 14. Y 0913: el avión no responde a los mandos: 14*. Observaciones telescópicas desde el *Pelican* permitieron comprobar que el avión ascendía en espiral alrededor de la Columna Kanaka y era absorbido por la propia columna. No se vio caer nada.

—Incidentalmente, el piloto, teniente... m-m-m... sí, Mattson, el teniente Mattson fue exonerado a título póstumo por el tribunal que investigó el caso. Sí, aquí está el punto que nos interesa; pertenece al diario de navegación del *Pelican: 1709: Recogidos restos identificados como parte del VJ-14. Véase folio adjunto para descripción detallada*.

»No necesitamos molestarnos con eso. Lo que importa es que los recogieron a cuatro millas de la base de la Columna Wahini, al otro lado de la Kanaka. La deducción es evidente y su plan podría dar resultado. Pero no espere salir con vida.

—Me arriesgaré —afirmó Einsenberg.

—Hm-m-m... sí. Pero yo iba a sugerir que enviáramos un peso muerto, digamos una canasta de huevos empaquetados dentro de un tonel.

El comunicador del puente zumbó; el capitán Blake alzó la voz en dirección a la campana de bronce de un tubo parlante.

—Sí.

—Las ocho, capitán.

—Gracias —Blake se puso en pie—. Discutiremos los detalles mañana por la mañana.

Una lancha a motor de cincuenta pies se mecía sin descanso a popa del *Mahan*. Un cable de nueve pulgadas de fibra de corteza de coco la unía al barco; atada a él a intervalos de una braza había un cable telefónico que terminaba en un par de auriculares encajados en el casco del señalador instalado en la cámara del bote. A su lado veíanse un par de gallardetes y un catalejo.

En la lancha se encontraban ya el timonel, el mecánico, el oficial de la lancha, Graves y Einsenberg. Con ellos, en la parte delantera, había un barril de agua, dos latas de cincuenta galones de gasolina... y un tonel. Contenía no sólo una canasta de huevos cuidadosamente empaquetados sino también un aparato de señales de humo, un transmisor de radio manipulado desde el barco y una penetración de agua salada para completar un circuito eléctrico.

El oficial de la lancha dio la señal de listos al puente. Un megáfono aulló: ¡*Despeguen con cuidado!* La lancha se alejó lentamente del barco, dirigiéndose hacia la Columna Kanaka, a tres millas de distancia.

La Columna Kanaka se irguió encima de ellos, impresionante, a pesar de encontrarse aún a una milla de distancia. El lugar en el cual desaparecía en la nube parecía casi encima de sus cabezas, cayendo hacia ellos. Su tronco de quinientos pies de espesor resplandecía con un color negro-púrpura, más semejante a acero bruñido que a agua.

—Pruebe otra vez el motor, piloto.

—Sí, señor. —El motor tosió, agarró la marcha; el mecánico soltó el engranaje y la lancha avanzó, tensando la estaca.

—Pare el motor. —El oficial se volvió hacia sus pasajeros —. ¿Qué pasa, Mr. Einsenberg? ¿Está asustado?

—No. Mareado. No resisto las embarcaciones pequeñas.

—Mal asunto. Creo que tenemos un poco de vinagre...

—Gracias, pero el vinagre no me serviría para nada. No importa, puedo aguantar.

El oficial se encogió de hombros, volvió la cabeza y dejó vagar su mirada a lo largo de la columna. Emitió un silbido, cosa que había hecho cada vez que la había mirado. Einsenberg, a quien el mareo había puesto nervioso, estaba empezando a encontrar repelentes aquellos silbidos.

—¡Uf! ¿De veras piensa usted trepar ahí arriba, Mr. Einsenberg?

—¡Desde luego!

El oficial de la lancha pareció sorprendido por el tono de la respuesta, se echó a reír y añadió:

—Bueno, su mareo de ahora no es nada comparado con lo que le espera, si quiere saber mi opinión.

Einsenberg no quería saberla. Graves conocía el temperamento de su amigo, de modo que llevó el peso de la conversación durante los minutos siguientes.

—Ponga el motor en marcha, piloto.

El piloto lo intentó e informó rápidamente.

—El arranque no funciona.

—Ayude al mecánico a colocar una estaca en el volante. Yo cuidaré del timón.

Los dos hombres se afanaron en el motor, sin resultado.

El oficial de la lancha ordenó al señalador que comunicara la situación al barco.

—Lancha 3 llamando a puente. Lancha 3 llamando a puente. Puente, ¡conteste! Llamando... llamando... —El se-

ñalador se quitó uno de los auriculares—. El teléfono no funciona, señor.

—Utilice los gallardetes. Dígalos que nos remolquen.

El oficial se secó el sudor que empapaba su rostro y contempló nerviosamente las olas que chocaban contra el costado de la lancha.

Graves tocó su brazo.

—¿Qué pasa con el tonel?

—Déjelo caer por la borda, si quiere. Yo estoy ocupado. ¿No puede usted levantarlos, Sears?

—Lo estoy intentando, señor.

—Vamos, Bill —le dijo Graves a Einsenberg.

Los dos se deslizaron hacia la proa de la lancha, alejándose de los tres hombres que sudaban sobre el volante. Graves cortó la cuerda que sujetaba el tonel y Einsenberg trató de ayudarlo a agarrarlo. El tonel, incluida la carga, pesaba menos de doscientas libras, pero resultaba difícil de manejar, especialmente sobre la oscilante cubierta de la lancha.

Por fin consiguieron lanzarlo por la borda, a costa de un dedo aplastado para Einsenberg y una espinilla dolorida para Graves. El tonel cayó pesadamente, empapándoles de agua salada, y se alejó rápidamente hacia la Columna Kanaka arrastrada por la corriente que la alimentaba.

—¡El barco contesta, señor!

—¡Bien! Dígalos que tiren de nosotros... *con mucho cuidado*.

El oficial de la lancha se apartó del motor y corrió a comprobar si la estacha que les unía al barco estaba bien atada.

Graves le tocó en el hombro.

—¿No podríamos quedarnos aquí hasta que veamos que el tonel penetra en la columna?

—¡No! Más vale que rece para que la estacha resista, en vez de preocuparse por el tonel... o también nosotros subiremos por la Columna. Sears, ¿ha contestado el barco?